

que fuere, bajo el punto de vista de ese crimen de nuestra raza, no estamos tan lejos de haber si no merecido si obtenido al menos alguna indulgencia. Con ocasión de sus sufrimientos atroces, Jesucristo dijo para todos sus verdugos y para nosotros todos: «Señor, perdónalos, por que no saben lo que hacen.»¹ Y el apóstol de los gentiles, nos absolverá si no de las violencias cometidas, por lo menos de toda inculpación de deicidio: «Si lo hubieran conocido—dijo—no lo hubieran crucificado.»²

No es por tanto menos cierto que la falta, por lo menos materialmente, fué cometida. Los soldados creían tener en su poder á un judío: es por esa causa por lo que le golpearon sin piedad, pues los judíos de aquella época, eran ya para los gentiles una raza para la cual no tenían mas que desprecio mezclado de execración y cuando lo azotaban despiadadamente, creyendo que solo desgarraban el cuerpo de un miserable contra el cual podían desplegar su ferocidad natural, flajelaban de hecho al hijo inocente de la inmaculada María.

Señores, los antisemitas, permitidme que os diga esto: Si creéis que el judío moderno es el enemigo de la Francia y de la Iglesia, os es perfectamente permitido hacerle una guerra leal y defender así el patriotismo nacional, en cuanto creáis que está comprometido. Pero ¡tened cuidado! no está permitido faltar á las leyes de la caridad y pasar la medida de las reivindicaciones justas, aun cuando seais antisemitas y

¹ Luc., XXIII 34.

² I Corin., II 8.

sea un judío el que provoqué vuestras justas represiones. Es preciso que no os olvideis de esa escena de la flajelación, y no olvidar que violando los preceptos evangélicos, en vano se creará que solo se hiere á un judío, pues á través de éste puede suceder muy bien, que lastimeis á la caridad, es decir, al mismo Jesucristo.

Veámos ahora, señores, las escenas que van á sucederse hasta el fin, revistiendo un carácter de grandiosidad cada vez más intenso, amplio y sublime.

Los soldados, [semejantes hechos están de acuerdo con el temperamento irónico y burlesco de nuestra raza,] se aprovecharon de la ausencia prolongada del gobernador para befas de la víctima. A ese "rey de los Judíos" van á darle su investidura, procediendo á su coronación. Tejen una corona de espinas y la colocan con fuerte impulso en la cabeza del "reo", toman un harapo rojo y lo hechan sobre sus hombros, recojen una caña y la colocan entre sus manos. En fin, habiéndolo abofeteado, doblan las rodillas ante El y proclaman su realeza entre carcajadas estruendosas: "¡Salud, rey de los judíos!"

Tanto cuanto esas befas vistas de cerca eran infuadas y vergonzosas para sus autores, tanto vistas de lejos, después de diez y nueve siglos se tornan solemnes y significativas.

Sí, señores, los soldados galos, sirviéndome de una expresión empleada en otro sentido por San Agustín, los soldados galos en ese momento "eran perfectos sin saberlo." Pasad una mirada retrospectiva sobre esa larga série de sucesos que nos separan del Pretorio y forman á manera de una larga avenida entre el Cris-

to burlado y nosotros y veréis, señores,—¡oh! no puedo evitar el sentir una profunda emoción al recordaros éstas cosas!—veréis á la raza francesa coronando realmente á Jesucristo y asegurando aquí abajo un reino terrestre á su Iglesia y á su fé. Desde la sangre que todavía humea en Mentana y Castelfidardo, pasando por Carlo-Magno, el heroico soberano de Occidente, harta Constantino, ese Emperador venido de las Galias, veréis á los descendientes de los galos trabajando por Jesucristo. Si Jesús lleva una corona aquí, si tiene un cetro, si está revestido de púrpura, si ha entrado en posesión de ese reino terrestre que le anunciaban las profecías, una nación, señores, una gran nación, fué el instrumento de esas maravillas; un pueblo sublime prestó para eso las tendencias de su genio siempre y su sangre algunas veces: es la Francia: cuyas actitudes divinas han sido constantemente la continuación pero ya no irónica ni burlesca, sino sincera de lo que hicieron en el Pretorio, los soldados que doblaban la rodilla ante el Cristo y le decían: "¡Oh rey! te saludamos!"

Dignaos solamente, en medio de los sentimientos de legítimo orgullo que debía inspiraros semejantes recuerdos, notar que la ironía, tan natural de nuestro carácter puede tornarse en peligro para nuestra fé. ¿Qué digo? demasiadas veces nos ha conducido á profanar las cosas más santas y á los escándalos más deplorables. Menos refinada y menos sabia ya era, en el Pretorio, la risa de Voltaire la que se burlaba de Nuestro Señor Jesucristo!

.....

El cortejo ascendía la pendiente del Calvario. La Divina Víctima agobiada de dolores y de fatiga vacilaba á cada paso. Detrás de ella, algunas mujeres tímidas y dolientes, lamentaban aquellos sufrimientos. Al rededor de Jesús estallaban los ódios judíos y las crueles imprecaciones de la soldadesca. Los golpes, las injurias, las blasfemias, las inmundicias, llovían sobre su santa humanidad. De repente, por un lado de la vía dolorosa se abrió la puerta de una casa. Una mujer de rostro noble que revelaba su emoción, avanzó llevando un lienzo fino en las manos. Ya os lo dije: Berónica debía ser una de las matronas de la alta sociedad de Jerusalém. Un momento reinó un profundo silencio: los soldados abrieron paso con respeto ante el ademán imperioso de la altiva y rubia hija de las Galias. Se acercó al Maestro con resolución, pero con timidez y le limpió el rostro de la sangre, el sudor y el polvo que lo cubrían completamente. En seguida se dirigió á su casa y entró en ella, sin que la tradición haya guardado otra cosa mas que la impresión del profundo respeto y admiración causada por aquel acto de piedad que ejecutó.

¿No reconocéis, Señores, en ésto, á una raza admirable, de mujeres, que en lo de adelante encontramos siempre en todas las vías por donde la humanidad doliente arrastra sus miserias, sus llagas y sus sufrimientos? ¿Quién, pues, lleva en tal grado como la mujer de nuestra patria, un corazón dentro del pecho, al que sin vacilar se puede aplicar aquella frase célebre: «fuerte como un diamante y tierno como una madre?» ¿Dónde están las que saben amar tanto á los

desdichados, para los que todo es duro é inflexible: la vida, los sucesos y los hombres? ¿Dónde la que amando de ese modo no tiene miedo de las bombas que surcan los campos de batalla, mide los horrores del contagio que en ciertas épocas cambian los hospitales en antros de la muerte? Bien comprendéis que para inclinarse ante esas mujeres no hay necesidad de decir cómo se llaman. Viven muy cerca de vosotros, las conocéis demasiado y os sentís demasiado orgullosos al poder llamarlas con el nombre de vuestras, no menos que con el nombre de nuestra raza:» Mi "hermana." Pues bien, un viento maldito de injusticia, que sopla sobre nuestra patria, pasa hoy sobre las cabezas de esas mujeres cuya caridad y virtud debían de ponerlas doblemente al abrigo de todas las ingratitudes. Sobre esta tierra marsellesa, donde Berónica, su modelo, debió dejar impresas las huellas de sus pisadas, la triste tentativa contra esas hermanas está en vísperas de cumplirse. ¡Ah! si pudieseis, Señores, oponer al mal que triunfa el impulso de nuestros corazones generosos, justamente indignados! . . . ¡Puedan los sentimientos de admiración, que experimentais en el fondo de vuestras almas por la heroica caridad de las mujeres cristianas y francesas, sin las cuales, los desdichados y desdichadas no encontrarían aquí abajo una palabra dulce de consuelo, un corazón tierno que los ame, puedan, repito, esos sentimientos irradiar de vosotros é imponer á todas las hostilidades cualesquiera que sea su naturaleza, el respeto por esas mujeres tan francesas y tan santas, que personifican la caridad.

Lleguemos por fin al Calvario. Trataré de abreviar aun cuando me restan las más grandes cosas que decir.

Desde que la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo fué el grande sacrificio auténtico y definitivo que la tierra ofreció á la justicia eterna, convenía que la nación romana, nación que daría su nombre á la verdadera Iglesia, lo ejecutase. Desde el momento que la Iglesia romana no debería vivir á través de los siglos sino de la generosidad del pueblo francés, convenía que aquellos soldados del ejército romano, perteneciesen por su raza, á la nación que debía de ser en la tierra el ejército del Cristo.

Los galos, según nuestra hipótesis, habían derramado la sangre redentora. Y esto fué por su parte más el desempeño de una función que un crimen. Bajo este punto de vista, la historia nos ha mostrado todo cuanto la conciencia nacional ha hecho para purificarse de haber cooperado al deicidio. Bien sabeis cómo, los caballeros *francos*, los inmortales Cruzados, fueron algunos siglos después á derramar su propia sangre en cambio, si se puede esto decir, de la sangre redentora. Ahí donde corrió la sangre del Cristo, por miedo de que los manchase como á las manos de Pilatos y á las frentes de los judíos, la sangre de los caballeros, la más pura, la más noble, la más generosa de toda la nación, corrió á torrentes. ¿No os parece que penetrándose esa armonía providencial se comprenden mejor las Cruzadas y que no hay para qué buscar sus problemáticos resultados?

Y si no estáis persuadidos, Señores, de que existe

esa profunda armonía, gracias á la cual encontramos al pié de la cruz, el principio ú origen de todos nuestros destinos, hé aquí todavía un detalle que concuerda admirablemente con nuestra historia religiosa.

Los soldados se repartieron las vestiduras del crucificado. Una vez hecha la división de los lotes, quedó la túnica. Todas las tradiciones reconocen en esa túnica el emblema de la unidad de la Iglesia porque esa túnica no tenía costura: «*inconsutilis.*»¹ Y he aquí lo que dijeron los soldados: «no la desgarraremos: *Non scindamus eam!*»

El porvenir respondió á sus voces y la Francia escuchará de la Iglesia, que es la realidad, la contraseña ú orden dada por los soldados galos, sobre la túnica, que fué el emblema.

Durante el largo transcurso de los siglos, las herejías de toda clase vinieron á tocar á la puerta de nuestro gran país. Aún más: algunos soberanos intentaron llevar el error religioso hasta el mismo trono y desgarrar así la inconsútil túnica de la Iglesia, separando del catolicismo á la nación francesa. Pero el espíritu del pueblo no olvidará jamás las palabras de los soldados del Calvario: «*Non scindamus eam.*» En verdad que esos ejecutores inconscientes de la justicia eterna, parecen ser todavía los profetas del Dios que enclavaron en la Cruz.

Parecía que comenzaban ya á comprender la inocencia, á entrever algún rayo de la belleza de la víctima. Un sentimiento vago de piedad cruzaba por sus

¹ Juan XIX, 23.

espíritus. Se burlaban aun, cierto es; pero observad, como en el fondo, comenzaban á ablandarse; Jesús con una voz de moribundo, murmuró: «*Eli! Eli!*» ¡Padre mío! ¡Padre mío! Los soldados dicen todavía unas palabras irónicas que Dios permitió, á fin de que estemos seguros de que no eran judíos. Si lo hubiesen sido no hubieran replicado [pues que hubieran comprendido]—diciendo:—«Llama á Elías; veremos si viene Elías á libertarlo.» Provocada esa frase, signo indudable de su nacionalidad, oyeron inmediatamente después que el divino agonizante, dejaba escapar de su boca seca y ardorosa ésta dolorosa queja: «¡Tengo sed!» Y hé aquí, que un soldado ya no pudo contenerse. San Juan, el apóstol de los corazones tiernos, anotó la prisa con que aquel verdugo, tornado de repente en auxiliar: «*Currens accepit pongiam:*» Corrió y se dió trazas para que llegase á aquellos lábios ardientes un refrigerio. Tomó una esponja, la empapó en la bebida acidulada que para su propio uso habían llevado los soldados, la puso en la extremidad de una caña y proporcionó de ese modo al mártir moribundo el último consuelo que recibió en ésta tierra maldita, en el seno de la ingrata humanidad.

Así pues, Jesús se acordará de que si debió aquí su primer brevaie á la ternura de su Santa y virginal madre, recibió el último de la piedad de los galos!

Y ahora, Señores, mi fe se conmueve y mi patriotismo se perturba pues tanto así, la última palabra en esa tragedia pronunciada es penetrante cuanto sublime. En el instante en que Jesús lanzando su supremo clamor rindió el último suspiro; en los mo-

mentos en que la naturaleza aterrorizada se estremeció; en medio del desorden y del terremoto universal, bajo el cielo cubierto de tinieblas, ante la multitud estupefacta ó presa del pánico se elevó una exclamación solemne, una palabra inmortal que fué como el eco de aquel trastorno inmenso «¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!»¹ Así, el grito de victoria se escapaba de las sombras de la muerte; así la explosión de la fé respondió al fin cual un clamor triunfal á las antiquísimas, múltiples é impacientes profecías del pasado! Así, la divinidad del Cristo fué proclamada por la vez primera, en una declaración de las que todas las demás declaraciones solo serán la repetición.

Ahora bien, ¿sabéis en qué lengua fué formulado ese grito inmortal?

Recordad que Longino venía de un país poblado por los galos y que cuatrocientos años después, se hablaba en ese país el idioma de nuestros padres!

.....

Solo me quedan unas cuántas palabras que deciros. No habréis olvidado, Señores, la célebre exclamación del rey Clodoveo, cuando San Remigio le refería los sufrimientos y humillaciones queapuró el Hombre-Dios. Ese hijo indómito de una raza que mezcló su sangre á la de los galos, al oír esa narración que mostraba la inmensa injusticia cometida, llevando la mano á su espada, lleno de indignación dijo:..... ¿Dónde están mis francos?

Me parece que, desde lo alto de su gloria, cuando

¹ Mat., X VII 54.

el Crucificado contemple la frialdad religiosa y las apostasías que no tardarán en ser la deshonra de nuestra raza, si Dios no pone remedio, se acuerda de Prócula, de Berónica, de aquellos que saludaron proféticamente su realeza; de aquellos que respetaron su túnica; de los que lo refrescaron en su agonía y del Centurión que proclamó su divinidad, y que entonces diga también: ¿«Dónde están mis galos?»

FIN